

nana mi madre me pegó con un baston y me hizo mucho daño; miren ustedes aquí las señales en las manos y tambien en la cara, y todo porque le habia contestado á uno de los chicos que se burlaba de mí diciendo que tengo los zapatos que parecen barcas, diciéndole:—¿Sí? pues revienta;—y entónces no me dieron ni un pedazo de pan en todo el dia y por la tarde me dejaron solo en la casa. Yo estaba en la ventana con las lágrimas en los ojos y desesperado, cuando de pronto he oido la música del regimiento, he salido en seguida y al ver que eran soldados del Rey que hay ahora, de ese que ha venido á libertarnos, me he metido entre ellos y no los dejaré nunca más... Despues V. me habló...—y me miraba.— Despues me han dicho que no tenga miedo y me han dado de comer... yo tenía un hambre... y me dijeron que si yo queria estaria siempre con ellos... pero yo no quiero estar aquí como un pobre, comiendo pan sin trabajar... limpiaré la ropa...—y me tocaba el uniforme—traeré de beber, iré á buscar la paja para dor...

Alzó los ojos é hizo un acto de sorpresa, quedándose atónito al mirar que lo mirábamos. Uno de mis amigos le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra su pecho murmurando:—¡pobre muchacho!

Y estuvieron así los dos inmóviles, por un buen rato.

IV.

Al despuntar el día y ántes que sonase el toque de diana, sentimos el ruido de una lluvia espesísima y un violento trueno. Saqué la cabeza el primero fuera de la tienda y no se veía en el campo, excepcion hecha del centinela, alma viva; pero todos ó casi todos los soldados estaban ya despiertos. Con efecto, al fulgurar cada relámpago resonaba por todo el campamento un agudísimo y prolongado *rrrr* como hacen los saltimbanquis para anunciar la aparicion y desaparicion del diablo y á cada trueno otro fragoroso y prolongado grito con que imitaban los soldados el ruido de la tormenta.

De allí á poco se tocó diana y el capitan de guardia llamó á los oficiales de semana para comunicarles la órden de que á las tres horas emprenderíamos la marcha. Este anuncio me hizo pensar inmediatamente en Carlos. Yo no me habia aún dado cuenta ni preguntado á mí mismo lo que íbamos hacer con aquel muchacho. ¡El hijo

del regimiento! Son dos hermosas palabras que se dicen pronto; mas ¿teníamos nosotros el derecho de retenerlo lejos de casa? ¿Y quién era capaz de echarse encima tamaña responsabilidad, si es que alguno había pensado en aceptarla? Hablé con los amigos y todos convinieron en que era forzoso enviar de nuevo á Carletes, escribiendo al alcalde de Pádua por medio de la autoridad del pueblo más próximo. Era una decision dolorosa, ¡pero cómo no llevarla á cabo! Quedábame sin embargo una esperanza: que no respondiesen de Pádua. Y por otra parte ¿y si la madrastra no queria recibir al hijastro? La comision de escribir á Pádua la acepté yo mismo, aunque de mala gana, y escribí; mas el otro encargo de conducir á Carletes al próximo pueblo entregándolo á las autoridades, este no quise aceptarlo. Que piensen los demás, dije para mí; yo ya he hecho lo que me concernía. Y rogué á mis amigos uno por uno para que llevasen á cabo lo que faltaba.—Qué tengo yo que ver, me fueron respondiendo sucesivamente.—¿Y yo? preguntaba á mi vez.—Y bien, quiere decir que ninguno de los dos. Y el diálogo concluía así.

Volví á la tienda descorazonado.

—Carletes.

—Que quiere V., señor oficial.

—Es preciso que vengas conmigo hasta el pueblo próximo, que está á cuatro pasos.

Una sospecha repentina cruzó por su mente; se puso serio, serio y se quedó mirándome. Yo no había sabido disimular mis intenciones ni con el tono de la voz ni en la expresion de la fisonomía; me volví de otro lado y fingí que buscaba algo en mi bolsa de viaje.

—Quiéren mandarme á casa—exclamó de repente y rompió á llorar desesperado, hincándose de rodillas delante de mí y empezó á aferrarme por las manos, por las piernas, y principió á decir con vivísimo ímpetu de pasion:—no, no señor oficial, que no me manden á casa; por piedad, por piedad se lo pido; yo no puedo volver á casa, yo quiero mejor morir; llévenme ustedes con el regimiento, ocúpenme en todo lo que quieran, haré todo lo que sea preciso y yo me buscaré la comida; no piensen ustedes en eso... pero por compasion, señor oficial, por amor de Dios no me hagan volver á casa...

Yo sentia destrozárseme el corazon; y me contuve un instante y despues exclamé:—Ea, bueno, bueno, tranquilízate Carlos, no llores, no tengas miedo que no te mandamos á tu casa, seguirás con nosotros, siempre con nosotros y te querremos siempre... te lo prometo; puedes estar seguro, pero no llores más, pobrecillo, no llores...

Poco á poco se tranquilizó.

—Está visto que no he nacido, dije para mí, saliendo de la tienda, para hacer el papel de tí-

rano. No hay remedio, esperemos la respuesta de Pádua y despues... despues veremos lo que se ha de hacer.

Dos dias más tarde acampamos cerca de Mestre donde permanecemos casi un mes hasta la estipulacion del último armisticio; es decir hasta cuando volvimos atrás hácia Ferrara.

Pasaron cinco dias, pasaron siete, pasaron diez y la respuesta de Pádua sin venir. Escribimos de nuevo, esperamos cinco, siete, diez dias inútilmente.—¡Qué bueno que su hubieran perdido las cartas! pensaba. ¿Y si las han recibido, y ocupados en asuntos de mayor importancia no se han dado por entendidos? ¿Será acaso que habiéndose cundido la voz, la madrastra aunque reconociendo por los antecedentes que el muchacho en cuestión era el suyo, ha hecho sin embargo oidos de mercader, satisfecha de que el ejército libertador la haya librado tambien de un huésped inoportuno? ¡Ah! esto es más que probable. Es casi seguro. Y con esta certidumbre no se volvió á escribir ni á Pádua ni á parte alguna. Y además ¿cómo era posible escribir cuando no pudimos conseguir de Carletes ni por las buenas ni por las malas, que dijese su apellido, ni el nombre de su madrastra, ni las señas de su casa, ni el oficio y condicion de la familia, ni ningun indicio de ninguna especie por el cual se pudiese venir en conocimiento de lo que se deseaba?

V.

Cárlos continuó con nosotros. Se proveyó á renovarle los vestidos, porque los suyos destrozados de antemano se le caían á pedazos despues de los dos ó tres dias de marcha. Un sombrerillo de paja, una chaquetilla, unos calzones de hilo, una corbata encarnada, dos zapatitos que venian bien á sus diminutos piés, fué el traje que le presentamos y se volvió loco de alegría el pobre muchacho; se puso encarnado, volvió la cabeza casi con la sospecha de que se le quería dar una broma, rechazó con el codo el inesperado regalo y por último clavó la barba en el pecho. Pero cuando vió que empezábamos á incomodarnos de su tenaz incredulidad y nos preparábamos á marcharnos diciendo:—vestiremos á otro chico, alzó entónces la cabeza, dió un paso hácia nosotros y alargando el brazo exclamó con voz insegura:—no, no;—pero se avergonzó pronto de la súplica, inclinó de nuevo la cerviz y permaneció inmóvil con los ojos bajos y llenos de lágrimas.

Cuando despues se puso la ropa se quedó tan embarazado que no sabia ni andar, ni accionar, ni hablar.

—¡Caramba, Carletes—le decian los soldados abriéndole paso cuando atravesaba furtivamente entre ellos;—caramba qué lujo!—y él se ponía encarnado como la grana y salía corriendo.

Pero al cabo de una semana se avisgó haciéndose desenvuelto y atrevido como un tamborcillo; se hizo amigo de todos los soldados de nuestra compañía y de gran parte de los de las otras y de todos los oficiales del regimiento; y de entónces y en adelante emprendió una vida continuamente laboriosa y útil para él y para nosotros.

Dormía bajo nuestra tienda. Por la mañana al primer redoble de tambor se levantaba y desaparecía; no estábamos enteramente despiertos cuando ya habia vuelto de la cocina de nuestro batallon con el rom y el café y:—Señor oficial, decia con aquella vocecilla respetuosa, es hora...—Hora de qué, contestábamos con voz áspera restregándonos los ojos.—Hora de que se levanten.—Ah, ¿eres tú, Carletes? toca esos cinco.—Y se quedaba con aquel apretón de manos contento para todo el dia.

Competia con nuestros ordenanzas en querer cepillar la ropa, limpiar los sables, los botones y los zapatos, y lavar la ropa blanca; queria hacerlo todo y rogaba humildemente á los soldados

que le dejasen hacer algo, diciéndoles que lo haria con mucho gusto, que procuraria hacerlo bien y que necesitaba aprender á toda costa. Algunas veces nos veíamos obligados á quitarle los objetos de las manos y á decirle con cierta severidad:—haz lo que se te diga y no trates de hacer más.—Y era preciso mostrarse rigurosos con él porque no podíamos permitir que trabajase tanto, sirviéndonos de criado. ¡Pobre chico! ¿lo habíamos acaso conducido con nosotros para colocarlo en en tal condicion?

Tenía un gran recelo de que poco á poco le aborreciésemos, por más que no hacíamos sino colmarlo de caricias y rodearlo de cuidados y atenciones; le parecia que no trabajando acabaria por sernos gravoso é inútil, y así se esforzaba por demostrarnos que servía para algo ó que cuando ménos no le faltaba buen deseo. El temor de parecernos importuno tambien le asaltaba de vez en cuando y se ponía triste. Miéntas comia con nosotros sentado en el suelo alrededor de un mantel extendido sobre la hierba, al advertir de pronto que lo mirábamos se avergonzaba de comer, se ruborizaba, y bajaba los ojos y tomaba pedacitos pequeños sin atreverse á llenar el vaso si nosotros no le escanciábamos durante la comida. Bajo la tienda miéntas se reconciliaba el sueño saltaba á veces de repente de su cama, avergonzándose de ocupar tanto espacio y de

dormir sobre tanta paja; y entónces mermaba su lecho por todos lados, añadiendo á los de los demás y reservándose una pequeña parte para sí, donde se acurrucaba más tranquilo y pegando con la tela de la tienda.

No se me pasaba, sin embargo, inadvertido ninguno de estos actos suyos, ninguno de sus pensamientos y me apresuraba siempre á disipar su vergüenza, apostrofándolo alegremente y con esas caricias que indican con pocas palabras la protección que uno presta y que tanto animan al que las recibe. ¡Oh, qué plácida y amorosa compasión sentía en el fondo de mi alma por aquellos rubores delicados! Pobre Carlos, pensaba yo, cuando ardiendo todavía la luz bajo la tienda lo veía dormir envuelto en mi capote y con la cara escondida por mitad dentro de la gorra de cuartel de algun soldado, ¡pobre Carlos! porque no tenías madre te creías solo sobre el haz de la tierra sin imaginar que alguien te pudiese querer bien. No, Carlos; para los niños sin madre y sin padre están los soldados; ellos no tienen más que un pedazo de pan en el bolsillo; pero en cambio encierran muchos tesoros de afecto en el corazón, y dispensan generosamente el afecto y el pan á quien tiene necesidad de una u otra cosa. Duerme tranquilo, Carlos, sueña con tu madre; que ella seguramente te mira desde allá arriba y está contenta de verte entre nosotros, porque

sabe que debajo de nuestros bastos capotes late un corazón tan cariñoso como el suyo!

De día estaba continuamente ocupado. Iba fuera del campamento á coger agua para los soldados cuando estaba prohibido salir; y allá se le veía dar vueltas por las tiendas cargado de cantimploras y de gamellas, rojo como un tomate, sudando y acompañado de un grupo que lo asestaba rodeándolo y sin darle respiro.

—Carletes, mi gamella;—mi cantimplora;—la mía primero;—no, la mía, que te la he dado ántes;—sí, no,—y él les hacía señales de que se aquietasen y cejaba para evitar los empujones:—Uno á uno como gente formal; hacedme el favor, dejadme en paz; poco á poco. Y puestos en el suelo todos los objetos que traía se enjugaba la frente y tomaba alientos, que bien lo necesitaba.

De cuando en cuando algun soldado lo buscaba para que le escribiese una carta á su casa, ó para que le leyese y explicase otra recibida. Este favor lo desempeñaba con mucha gravedad. Se quedaba un momento como meditando y despues decia muy serio:—Veamos.—Sentábanse, y despues de haber discutido mucho ambos con el dedo índice señalando al papel escrito ó en que habia de escribirse, Carletes se remangaba las mangas de la chaqueta y ponía manos á la obra arrugando el entrecejo, apretando los labios y exhalando un

sonido inarticulado que equivalía á:— ¡es un asunto importante; pero lo desempeñaré lo mejor que pueda!

Ayudaba á unos y otros á arreglar las tiendas, dándose mucho arte para atar las cuerdas y clavar en el suelo las estacas, como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

Cuando se hacia el ejercicio se colocaba en un extremo del campo, y permanecía allí mirando extático cuanto tiempo duraban las maniobras. Cuando todo el regimiento en fila ejecutaba el manejo de las armas, aquel pobre muchacho se ponía nervioso. Aquel golpe en tierra de mil quinientos fusiles á la vez como si fuera uno solo; aquel largo y agudo retintín de mil quinientas bayonetas caladas ó quitadas para volverlas á la vaina en un momento; aquel poderoso gritar de las voces de mando, y aquel profundo silencio de las filas y todas aquellas caras inmóviles como estatuas; el espectáculo de todas estas novedades, lo llenaba de entusiasmo y le daba una inquietud y un deseo de agitarse, gritar, correr, saltar, y todo esto lo verificaba siempre tan pronto como el regimiento rompía filas; pero nunca ántes. Antes se contentaba con adoptar actitudes heroicas y mirarnos con la cabeza alta y la vista fiera, sin darse cuenta de que se le observaba; secundaba inconscientemente con los movimientos y con los gestos todas las actitudes de la tropa y de los

jefes de igual manera que, cuando uno oye contar alguna narracion interesante, y expresamos con los movimientos del rostro los afectos que las cosas relatadas causan en nosotros.

Cuando escuchaba la música del regimiento, parecía loco.

Aquellas noches que cualquiera de nosotros debía ir á las avanzadas, se mostraba de un humor ménos alegre que el habitual.— Buenas noches, señor oficial, nos decia dedicándonos una larga mirada al partir; y cuando salíamos de la tienda, se nos quedaba mirando hasta tanto que habíamos desaparecido.

Estos modos tan afectuosos y tan espontáneamente usados con todos los soldados y oficiales, hacia que lo amasen del primero al último todos. Cuando pasaba por entre las tiendas de una compañía cualquiera, era un llamarlo de todas partes, un alargar los brazos para detenerlo, un levantarse y correr detrás de él de los soldados con las cartas en la mano, que era cosa digna de verse.— Carletes, un momento, un instante sólo, una palabra únicamente, tan sólo una palabra.— A los oficiales los saludaba militarmente y con expresion de más ó ménos profundo respeto, segun los grados, que había aprendido á distinguir desde los primeros días. Tenía gran miedo al coronel. Cuando lo veía de léjos, ó echaba á correr ó se acurrucaba en una tienda; el por qué no

lo sabía ni él mismo. Pero un día mientras estaba hablando con dos ó tres soldados cerca de la tienda del ayudante se presentó de pronto el coronel. Tembló de piés á cabeza; no tenía tiempo para esconderse, era preciso mirarlo frente á frente y saludarlo; alzó los ojos con timidez y se llevó la mano al sombrero. El coronel lo miró, le pasó la mano por bajo de la barba y le dijo al salir:—Adios, buen chico.—Cárlos estuvo á punto de volverse loco. Voló instantáneamente á buscarnos y anhelante y balbuceando nos contó lo que le habia ocurrido.

Cosa extraña en un muchacho de su edad: no abusó jamás de nosotros ni se tomó la más mínima libertad ni familiaridad con quien trataba. Siempre fué dócil, humilde, respetuoso, lo mismo que el primer día que lo recogimos en el camino. Y de aquel afortunado día solía él hablarnos, no sin que brillase en sus ojos alguna lágrima. Tenía tambien sus horas melancólicas, especialmente en los dias de lluvia cuando todos los soldados se encierran en las tiendas y el campo queda silencioso y desierto. En aquellas horas se sentaba bajo la tienda con la cara hácia la puerta y los ojos fijos en la tierra removida de la entrada, como si contase las gotas de agua que caian dentro.

—Cárlos, en qué piensas, le preguntaba.

—¿Yo? en nada.

—No es verdad, ven aquí, pobre Carletes, ven aquí á mi lado; no soy uno de tantos de los que te quieren, si no que te quiero más que todos juntos. Siéntate aquí á mi lado, y vamos á charlar echando fuera del pecho las tristezas.—Él lloraba... pero estas melancolías se desvanecian pronto.

VI.

En un ángulo del campo había dos pequeñas casas habitadas por una honrada familia de aldeanos, en las cuales se había establecido el cuartel general para las cocinas de la oficialidad de los cuatro batallones. Figuraos qué confusión. Había de seis á ocho soldados entre cocineros y pinches para cada cocina: un continuo pelearse entre los que no sabían hacer nada y querían aprender pronto y hacer todo; un continuo duelo entre los otros que rivalizaban para llegar á ser pronto grandes cocineros; un continuo ir y venir de ordenanzas que iban á recoger la comida para los oficiales de la vanguardia, y un monton de aldeanos, de vendedores y de chiquillos de las comarcas circunvecinas: ¡una babilonia!

En uno de aquellos cuartuchos de la casa, se recogió á Carlos cuando le dieron las fiebres, las cuales hacía días castigaban al regimiento de tal manera, que diariamente enfermaban tres, cinco y siete soldados por compañía. Carletes las tuvo

tan fuertes, que se temió su muerte. El médico del regimiento lo curó con una solicitud que excede á toda ponderación; todos nosotros lo asistimos con un cuidado verdaderamente paternal.

Entre las tiendas y la puerta de su cuarto, se estableció un incesante cordón de soldados que iban y venían. Entraban de puntillas, se acercaban despacio á su cama, le miraban á los ojos, que él movía graves y entornados ó que los mantenía inmóviles por largo espacio sobre la cara de las personas sin dar señales de conocerlas; lo llamaban por su nombre, le tocaban la frente, se hacían unos á otros ciertos signos para comunicarse las particulares impresiones sobre el estado del pequeño enfermo, despues se alejaban silenciosamente, se paraban en el dintel de la puerta para mirarlo todavía y salían moviendo la cabeza en ademan de decir:—pobrecillo.

—Carletes, cómo estás, le pregunté un día cuando empezaba á mejorarse.

—Me duele... respondió, y dejó la respuesta sin concluir.

—¿Qué te duele?

—No puedo...

—Pero ¿qué no puedes?

—Hacer nada. Y bajó los ojos y me miró los zapatos y los pantalones, y añadió:—...hacen todo los demás...

Quería aludir á los ordenanzas que limpiaban

nuestra ropa ellos solos sin que él los pudiese ayudar.

—Y yo estoy aquí...—dijo todavía con voz llorosa...—estoy aquí... sin hacer nada... sirviendo de incomodidad... Quiero...—é hizo un esfuerzo para levantarse y sentarse en la cama; no lo consiguió y volvió á caer con la cabeza sobre la almohada y se echó á llorar.

—¡Oh, qué hermoso corazón!—exclamé, y dije é hice cuanto supe por consolarlo.

VII.

—¿Cómo se hacen las retiradas en los días de batalla? ¿Es cierto que los soldados no marchan en sus puestos y anda cada uno por donde le parece?

Esta pregunta la dirigía Cárlos una noche á uno de aquellos oficiales de mi compañía, que sentado junto á su cama, lo entretenía con aquellos cuentos fantásticos de guerras y batallas que se suelen narrar á los chiquillos. El interrogado sonrió pensando sin duda cuánto encerraría tal pregunta de sutil y de burlona si no la hubiese formulado un chico de aquella edad, y que hasta se podría tomar por sarcástica si no la hubiese hecho un amigo.

Y sonrieron también otras dos personas que se encontraban allí, al lado del enfermo; una era un concejal de un pueblo vecino, y la otra el propietario de aquellos mismos terrenos que ocupaba nuestro regimiento; dos hombrecillos de edad mediana, muy joviales, regordetes, muy